

La noción de prudencia digital como soporte para otra retórica en entornos digitales

Enrique Ferrari Nieto

UNIR Universidad Internacional de La Rioja. Facultad de Humanidades. España

enrique.ferrari@unir.net

The notion of digital prudence as support for another rhetoric in digital environments

Fecha de recepción: 10.12.2020 / Fecha de aceptación: 11.06.2021

Tonos Digital, 41, 2021 (II)

RESUMEN:

En los últimos años ha habido importantes movimientos dentro de la retórica para hacerse valer en el ámbito digital. Para significarse han optado por los términos "ciberretórica" o "retórica digital": un cambio de nombre que se justificaría si hubieran planteado un cambio sustancial en la disciplina a partir de la disrupción que supone la tecnología digital, pero lo que proponen es una continuidad desde los postulados clásicos, obviando los roces inevitables.

Como alternativa se plantea, como punto de partida para una retórica más atenta al corpus que generan las nuevas comunicaciones en entornos digitales que a las fórmulas heredadas de los clásicos, la noción de "prudencia digital": M. Prensky propuso la noción de "sabiduría digital" frente a la de los nativos digitales para permitir una gradación con las distintas formas en que los individuos interactúan con la tecnología, más escalable y libre de determinismos. Con "prudencia digital", que remite a la *frónesis* clásica (a los prudentes en Aristóteles), se le da más visibilidad a los reflejos que les son necesarios a los usuarios y, en un segundo nivel, a la disciplina, para sacarles partido a las posibilidades de la comunicación digital, que se actualizan constantemente; refuerza el carácter práctico de esa sabiduría digital, para evitar la tentación de querer forzar el sentido y las formas de las nuevas comunicaciones lingüísticas con unos parámetros -las fórmulas clásicas para el discurso- que no le son siempre los más adecuados.

Palabras clave

Retórica; ciberretórica; tecnología digital; Aristóteles; prudencia digital.

ABSTRACT:

Within the Rhetoric there have been important movements to assert themselves in the digital sphere. To signify themselves, they have opted for the terms "cyber-rhetoric" or "digital rhetoric": a name change that would be justified if they had proposed a substantial change in the discipline from the disruption that digital technology supposes, but what they propose is continuity from the classical postulates, avoiding the inevitable frictions.

As a starting point for a more attentive rhetoric to the corpus generated by new communications in digital environments (not so focused on the formulas inherited from the classics), we propose the notion of "digital prudence": M. Prensky proposed the notion of "digital wisdom" versus that of digital natives. This allowed a gradation with the different ways in which individuals interact with technology, more scalable and free of determinisms. With "digital prudence", which refers to the classical phronesis (prudent individuals in Aristotle), we highlight the reflexes that are necessary for users and, on a second level, for discipline, to take advantage of the possibilities of digital communication, which are constantly updated. This notion reinforces the practical nature of this digital wisdom, to avoid the temptation of wanting to force the meaning and forms of the new linguistic communications with some parameters - the classical formulas for discourse - that are not always the most appropriate.

Keywords

Rhetoric; cyber-rhetoric; digital technology, Aristotle; digital prudence.

CUESTIÓN DE REFLEJOS

Fuera del ámbito universitario, la retórica ha quedado recluida en la poesía y poco más, tal vez en sus aledaños, un terreno que a la mayoría le suena a añejo y minoritario, al que le puede conceder más o menos espacio, según la sensibilidad que pueda tenerle al discurso oral, pero en cualquier caso lejano, a desmano de su vida diaria. Solo como el catálogo escolar de figuras retóricas con que desmenuzaba los textos de estudiante. No es necesario volver a una reflexión en el vacío sobre su valor y vigencia que haga de introducción a las tesis del artículo, pero sí lo es remarcar el

camino que tiene que recorrer todavía la retórica como disciplina en la conciencia colectiva para visibilizar su importancia para encofrar una actitud coherente y robusta con la que moverse con seguridad en nuevos ámbitos –fundamentalmente lingüísticos– que se han desarrollado muy rápido, como el de los medios digitales, al que casi todos nosotros hemos accedido, como buenos autodidactas, con una actitud más entusiasta que reflexiva.

El primer paso sería quitarle el polvo al término. Desde mediados del XX se ha hecho un esfuerzo importante por revitalizar la disciplina, pero quedaría aún lo más difícil: sacarla de los departamentos universitarios; que cualquiera la entienda como una herramienta valiosa para desenvolverse en un entorno en el que la comunicación es omnipresente y, sin heroicidades o extravagancias por medio, inevitable. Queda además todavía un regusto negativo en la palabra: como adjetivo, en nuestras conversaciones cotidianas suele significar vacío, sin contenido. Todos somos suspicaces al término cuando lo oímos desarropado, fuera del entorno protector de la materia académica. Pero solucionar este segundo problema pasa por solucionar el primero, con una reflexión en torno a con qué campo semántico debemos manejarnos cuando hablamos de retórica si la queremos más accesible y más atractiva para todos, que funcione de autojustificación. Quizá con su reubicación, con una nueva presentación que deje atrás esa imagen de inventario de tópicos, de nomenclatura dura, de pesada carga histórica, para enfocarse en las estrategias del discurso con una actuación más versátil que prime, más que nada, unos buenos reflejos para desenvolverse en escenarios con normas propias y, al menos en principio, decididamente iconoclastas.

Engarzar de un extremo la historia riquísima de la retórica como la disciplina capaz de llegar más lejos en el análisis de los mecanismos del discurso, para la mayoría sumida en una larguísima hibernación, y engarzar en el otro extremo los contextos tan diferentes donde trascurren ahora esos discursos. Diferentes no por tener una naturaleza digital, sino porque esa naturaleza digital ha desatado cambios profundos en todos los elementos y funciones del lenguaje. Lo que se nos pide no es algo tan fácil como una nueva imagen para la retórica, sino una adaptación profunda sabiendo conservar su legado fundamental. No un programa de mínimos para ensanchar el número de usuarios de la retórica estrechándola a esta, sino formatear sus operaciones: que sus recursos se sientan útiles también en internet y con dispositivos digitales. Un segundo embate (este mayor, porque tiene que hacer frente a la discontinuidad de los medios de comunicación digitales), tras los intentos en la segunda mitad del siglo XX de una nueva retórica actual general que se esforzó por

adaptar y actualizar sus conceptos, sobre todo a partir de los manuales de Perelman y Olbrechts-Tyteca y de Lausberg (Pujante: 2003, 325-327).

Internet es inabarcable. Con espacios además muy diferentes entre sí. Es difícil sacar unas características comunes con las que pensar en un medio homogéneo. Ni siquiera podemos ceñirnos a un solo código o un solo canal. Pero para una primera aproximación desde la retórica podemos pensar ese entorno digital con una metáfora, a partir de la arquitectura del estudio Elemental, del chileno Alejandro Aravena, que ofreció como solución a los altos costes de construcción de las viviendas sociales, para no tener que renunciar ni a materiales de calidad ni a suelo en el casco urbano ni a los metros cuadrados suficientes, dar a sus propietarios solo la mitad de la vivienda construida y dejar la otra mitad sin terminar, solo con lo indispensable y más costoso de construir, para que fueran ellos mismos, con el tiempo, según fueran teniendo recursos para ello, quienes las acabaran. Internet (o al menos la web 2.0) es esa vivienda inmensa a medio hacer que nos exige para entenderla bien saber quiénes le han construido los pilares y quiénes la han habitado luego al tiempo que han seguido con los remates. En una foto que además no es fija y no resiste bien los anacronismos. Seguimos hablando de nuevas tecnologías y hace ya 30 años (fue Castells quien fijó la fecha en 1990) que internet nos es una realidad cotidiana.

El chiste del traje mal hecho

De un lado está Quintiliano. Del otro, McLuhan. Quintiliano lo puso fácil: Dijo que la materia de la retórica son todas las realidades (2006, 31). Marshall McLuhan es quien introduce el factor diferencial: Fue el primero en alertar de la disrupción que suponían las pantallas para la escritura, en paralelo a lo que había supuesto en su momento la imprenta. Otros autores han relativizado esa discontinuidad, como la historiadora Elizabeth L. Eisenstein (Chartier y Scolari, 2019, 105), pero, independientemente de la intensidad que se le asigne al cambio, parece fácil consensuar la aparición de un fenómeno (ya no tan) nuevo, con un ecosistema propio, que requiere para su estudio, para evitarnos lo que en el chiste, al menos una adaptación de los métodos.

En el chiste del traje mal hecho un hombre le pide a un sastre desastroso que le haga un traje en una hora. Este le toma las medidas en segundos y le pide que vuelva en un rato. Cuando se lo prueba, el cliente comprueba que una manga le queda larga. El sastre le dice que basta con que alargue el brazo. Comprueba también que una pernera le queda corta. El sastre le contesta, ya de malos modos, que basta con que encoja un poco la pierna. No dice más, por miedo a enfadarlo, y sale de la sastrería con el traje puesto, un brazo alargado y una pierna encogida. Dos hombres lo ven, y

le dice uno al otro: Parece mentira, qué hombre más mal hecho pero qué bien le queda el traje.

El chiste es malo, pero muy gráfico sobre los riesgos de no querer adaptar la retórica a los medios digitales y forzar estos para embutirlos de cualquier modo en un traje mal medido. No es solo redefinir los objetivos y conceptos para un ámbito distinto. Es también atender a las peculiaridades de los distintos formatos y dispositivos de ese entorno digital, sin la tentación de buscarles una uniformidad excesiva, con una diacronía además vertiginosa, sin tiempo para una casuística con la que poder pisar tierra firme.

Es habitual escuchar que se escribe peor ahora que antes. Nadie ha podido demostrarlo, pero parece haberse convertido en un lugar común. Tiene que ser difícil poder demostrar una afirmación así, pero forma parte de ese mantra de que cualquier tiempo pasado fue mejor. Como diagnóstico no vale nada, pero sí resulta significativo como síntoma de una actitud recelosa y escéptica con los resultados que puedan venir de ese entorno digital que tiene un peso importante en la opinión pública, que todavía hoy parece acoger con más interés los titulares negativos que los positivos sobre el tema. De ahí el valor de coger perspectiva con un primer ejercicio metateórico riguroso con el que no dejarse arrastrar, con el que tomar conciencia del objeto de análisis. Y, tras este, de una deontología desprejuiciada con la que fijar los objetivos y funciones sin la nostalgia del pasado. Podemos poner unos primeros ejemplos, muy obvios: Un email no debe tener (o al menos no debe de tener) la estructura y fórmulas de una carta. Una puntuación exhaustiva en los whatsapps indica una excesiva rigidez que puede incomodar al interlocutor. Lo efímero de muchos mensajes parece justificar cierta relajación en el cuidado de las normas. Etc. Una mirada inquisitorial, guardiana de las viejas costumbres, no aporta nada. Solo su malestar. Porque no hace otra cosa que empeñarse en poner la carreta delante de los bueyes. Que no es lo mismo que una mirada crítica, incluso suspicaz, alejada de la actitud entusiasta que también está muy presente en nuestra sociedad. El camino es largo. Para apuntalar una retórica en los medios digitales, junto a ese anclaje conceptual de la retórica, necesitamos de una ontología, una epistemología y una metodología para el entorno digital. Si no, es hacerle el traje a ojo.

Los riesgos de unos malos cimientos

25 años después, la advertencia de Fernando Broncano sigue vigente: Escribió en 1995 que la velocidad y profundidad con que la tecnología está transformando nuestros modos y formas culturales pueden volver opaco el sentido de estos cambios

(1995, 11). Lo explicaba como si la irrupción de internet fuera un tornado y nosotros estuviéramos dentro. Un tornado que con el paso del tiempo ha cogido mucha más velocidad y mucho más tamaño y nos ha dejado claro que la cuestión no es cómo resolver el problema, sino cómo aprender a convivir con él. Parar la tecnología para hacer balance no cabe dentro de lo posible. No es una autopsia, no es un trabajo de forenses.

Pero hay fórmulas: En los comienzos de la irrupción de internet, por ejemplo, se hizo mucho hincapié en los paralelismos claros que podían rastrearse en los primeros años de la imprenta. También con los temores que surgieron entonces, a mediados del siglo XV, al ensancharse tanto el alcance de lo escrito, al llegar a un número de destinatarios mucho mayor y por eso mismo más diversos (y menos selectos). Nicholas Carr, un referente entre los alarmistas, con libros que han tenido una enorme repercusión, como *Superficiales. ¿Qué está haciendo internet con nuestras mentes?*, señala, con la mente puesta en los nuevos contenidos de la web, la aparición de libros de ínfima calidad junto a los grandes incunables: "Novelas chabacanas, teorías descabelladas, temas escabrosos y truculentos, intoxicaciones propagandísticas y, por supuesto, montones de pornografía se vertieron al mercado, encontrando ávidos compradores en todos los estamentos de la sociedad" (2011, 92-93).

Pensamos a través de analogías. No nos queda otra. Con unos cimientos sin armar, es moverse en terreno inestable, y esas vías ya recorridas en otros momentos de la historia son puntos de apoyo muy reconfortantes para plantear nuevos itinerarios. No tiene tampoco nada de malo. Al menos si los entendemos como provisionales. Porque el otro problema es fosilizar las primeras intuiciones y teorías que está generando la tecnología digital. Que conformemos demasiado rápido un armazón que nos obligue luego a hacer encajar en él, forzándolas, nuevas propuestas, o desecharlas si no hay forma de hacerlo (Ferrari: 2014). Es un entorno demasiado cambiante para estructuras rígidas. Basta pensar, para un escarmiento rápido, en los tópicos neobarrocos que en los años 80 y 90 marcaron una distancia espesísima entre la cultura digital y la vida, con un esteticismo de lo virtual que alimentó la idea de que internet nos hacía más insociables, cortaba nuestros vínculos con nuestro entorno para arrojarnos a la realidad virtual del ciberespacio. Como si lo virtual fuera lo contrario de lo real. Una impresión que sigue calando todavía hoy, y que obvia el papel sociabilizador de las TIC, como explicó bien José Luis Molinuevo en *La vida en tiempo real. La crisis de las utopías digitales* (2006, 28-31).

Decía Kant en su *Crítica de la razón pura* que la verdadera tarea crítica no era tanto aumentar nuestro saber como liberarnos de nuestros errores, por muy queridos

que nos sean. ¿Cómo evitar los lugares comunes que han ido haciendo mella cuando hablamos de tecnología? Solo con un corpus excepcional capaz de desmentirlos. Y una consideración a la bibliografía desde un enfoque claramente histórico, respetuosos con los estudios clásicos que han ido abriendo el camino, pero conscientes de los errores a los que la falta de perspectiva pudo llevarlos.

En todo caso, referirse aquí a unos cimientos no es la metáfora más adecuada. Sugiere un terreno fijo, que no cambia, que lo soporta todo. Son más bien arenas movedizas, una superficie que no es firme, que admite solo movimientos menos estables y duraderos, más cerca de la imagen amortizadísima de Guattari y Deleuze (1977): el rizoma, las plantas rizomáticas, con raíces que se van desplazando para ir ocupando nuevos espacios porque sus brotes pueden ramificarse en cualquier punto. Con muestras tan endeble, sin apenas corpus significativos (la excepción es el proyecto *What's up, Switzerland?*, llevado a cabo en Suiza entre 2016 y 2018), cuesta mucho tener bajo control la interpretación de los datos. La falta de envergadura del material recopilado y analizado los hace más vulnerables, menos consistentes. Lo que nos obliga siempre a conclusiones precarias, cautas, que requieren reflejos para rectificar si un corpus mayor desmiente nuestras tesis, o demuestra que tienen una validez solo local o en ámbitos muy concretos.

EL TÉRMINO CIBERRETÓRICA

El planteamiento de la ciberretórica es el mismo que el de la Nueva Retórica. Es el mismo impulso por devolver a la retórica un papel relevante en la creación y análisis de discursos adaptando los conceptos de la retórica tradicional al contexto no ya de la segunda mitad del siglo XX sino del desarrollo o, mejor, de la popularización del uso de la tecnología digital en los últimos años del siglo pasado y lo que llevamos de este.

En castellano Inmaculada Berlanga Fernández es quien más ha centrado el tema (al estirar las intuiciones que Tomás Albaladejo había apuntado muy someramente en algunos artículos desde 2005). Tras defender su tesis doctoral, publicó en 2014 *Ciberretórica: Aristóteles en las redes sociales* en la editorial Fragua, junto a Francisco García García, uno de sus directores de tesis. Con un subtítulo: *Manual de Retórica en la comunicación digital*. La intención es, pues, clara desde el título mismo: Reconstruir la línea recta que conecta los comienzos de la retórica con los discursos digitales, dejar patente esa continuidad para que sea la retórica quien pueda reclamar legítimamente su papel en el construcción e interpretación de las comunicaciones digitales. Una argumentación que ha defendido también en otros libros y artículos académicos más específicos.

Para el análisis del contenido del discurso de los usuarios en internet les basta con un esquema con 8 puntos (2014, 171):

1. Determinación del criterio de tipificación del usuario
2. Lanzamiento de una encuesta en la red para tipificar a los usuarios
3. Recogida de la encuesta y selección de los usuarios por perfil tipificado
4. Capturas de pantalla del muro de los usuarios seleccionados
5. Cuestionario a esos usuarios. Petición de permiso y recogida de datos
6. Nueva selección de muestra final
7. Análisis de sus discursos extrayendo las figuras retóricas
8. Representación visual de la red y estudio de datos extraídos

Hay más publicaciones sobre la materia. También en castellano (ha tenido también cierto eco, con un tema cercano, *Ciberpragmática 2.0* de Francisco Yus, publicado en 2010 por Ariel). Pero este epígrafe no tiene como objetivo tanto un estado de la cuestión como una reflexión sobre la ambición del término desde su morfología misma, como palabra compuesta que defiende a la vez una nueva etapa y una continuidad respecto a sus antepasados. Con su tesis y su libro, Inmaculada Berlanga, con una formación clásica que se hace patente en todo momento, recoge traducido el término inglés *cyber Rhetoric*, que cuenta con un recorrido mucho mayor en los países anglosajones, pero su ciber-retórica remarca más su condición de heredera que su audacia. Al contrario que, por ejemplo, la profesora de la Universidad de Nueva York Julia E. Keefer, experta en educación interdisciplinar, que ya en 1996, adelantándose a todos, comparó retórica tradicional y ciberretórica para sacarles sus rasgos opuestos y así dar respuesta a una pregunta previa de más alcance: cómo internet cambia el modo en que pensamos, sin miedo a balizar las posiciones más alejadas. Por ejemplo: La especialización de una disciplina, hasta agotarla, frente a la búsqueda de intersecciones de caminos que conforman un caleidoscopio de disciplinas. El análisis frente a múltiples síntesis. Evaluar supuestos y descubrir falacias lógicas frente a abrir nuevas ventanas. La lógica aristotélica frente a la lógica booleana. Defender una perspectiva con una tesis fuerte frente a los procesos janusianos de mirar direcciones opuestas al mismo tiempo. Observar las unidades de tiempo, espacio y acción frente a la superposición de estos. Una audiencia específica y determinada frente a una audiencia global impredecible. Una organización autónoma para construir una tesis, con un razonamiento inductivo o deductivo y una conclusión, frente a una organización interactiva en torno a imágenes e ideas que provocan más preguntas. Las páginas numeradas frente al texto corrido, sin páginas numeradas, con píldoras como imágenes y otras fuentes. O la lectura lineal frente a hacer clic en

cualquier sitio.

Aunque 1996 queda ya lejos, no parece que las conclusiones se resientan. Lo más problemático en el planteamiento de Keefer es el sentido laxo con que toma esa retórica que llama tradicional, sin apuntalar con autores o corrientes históricas. Pero eso mismo es lo significativo de su enfoque, o un síntoma de su enfoque, más despreocupado al mirar hacia atrás que hacia adelante, donde ensambla mejor su análisis. Al contrario, Inmaculada Berlanga y Francisco García hacen un esfuerzo enorme por ligar bien cualquier posibilidad de ciberretórica a la retórica clásica. Su objetivo principal parece ser, antes que servir como manual (como herramienta), defender la unidad de una sola disciplina en dos (o más) contextos diferentes. Escriben como justificación (2014, 39-40):

Por *rethorica recepta* entendemos la recepción del sistema retórico latino de origen griego, y su representación como legado de la Antigüedad que las posteriores generaciones hasta el siglo XXI han recibido y tienen para la explicación del discurso oratorio, para un mejor esclarecimiento de la influencia comunicativa en los receptores por medio del arte de lenguaje, e incluso para la utilización en la creación de discursos (Albaladejo, 1989, p. 29).

A lo largo de la Historia, las tesis oratorias formuladas por los clásicos no han perdido actualidad, inspirando o actuando de soporte a otras teorías más modernas (retórica política, jurídica, periodística, académica, conversacional, etc.). Especialmente la Retórica ha ejercido una notable influencia en la elaboración de la teoría de la comunicación actual que continúa y continuará transitando por vías recientemente abiertas, como las de la hipertextualidad, interactividad o la multimedialidad (Albaladejo, 1989, p. 19).

El libro de Inmaculada Berlanga es en realidad dos partes autónomas que evitan cualquier roce entre sí. El primer bloque es un manual comprimido, claro y ordenado de retórica. El segundo bloque es una aproximación a la tecnología digital, aunque con pocos casos prácticos, lo que hace más fácil evitar el conflicto. Parece centrarse más en justificar la relevancia actual de la retórica que en sus aplicaciones concretas a los discursos digitales.

Es una publicación puramente académica. Con la credibilidad que le da arroparse con los clásicos y una estructura muy eficaz. Es un libro bien escrito y erudito. Sale sin duda bien parado como bibliografía ineludible. Pero es inevitable echar en falta ver qué queda del rozamiento entre ambas partes, como si después de las katas se le hubiera negado al lector los combates.

¿Prescribir en internet?

La estructura, solidísima, que nos da la retórica para organizar los elementos del discurso con la *dispositio* se divide en tres partes: 1. El *exordium* o parte inicial, que tiene como objetivo atraer la atención del oyente e indicarle la estructura del discurso. 2. La *narratio* o parte media, que expone el asunto, con las argumentaciones que avalan su tesis. Y 3. La *peroratio*, o parte final, que recapitula los puntos fuertes del discurso. Puede ser *Naturalis*, sin alteraciones intencionadas, o *Artificialis*, con alteraciones del orden habitual del discurso.

Para ver la viabilidad de esta división básica en entornos digitales podemos comenzar por el final: Cómo de artificial puede la retórica llegar a entender el discurso para tomar las producciones digitales como objeto de su disección. Cómo encajar su hibridación (con imágenes, videos, otros caracteres, etc.) y su hipertextualidad –un escollo insalvable para Kolb (1997) y Manovich (2006), entre otros– como alteraciones del orden habitual del discurso. Cómo enfocar su autoría colectiva para no forzar su sentido, para no suponerle una unidad que no tiene. En cuanto a los contenidos no es problema respetar la ordenación de la retórica, pero el carácter mayoritariamente fragmentado de los medios digitales no parece apuntar como molde idóneo para su análisis una *dispositio* en tres partes.

Lo que nos lleva a la siguiente pregunta: De querer una retórica para los entornos digitales, ¿nos interesa un planteamiento más ortodoxo o más heterodoxo? Es decir, ¿intentamos una retórica con un fuerte sentido de pertenencia, consciente de su papel de heredera, o nos basta con un ligero parecido de familia, con conservar los objetivos de la retórica intentando consensuar un código más o menos flexible que nos ayude a desentrañar las producciones digitales (hablar de texto no parece del todo pertinente)?

¿Es viable realmente prescribir en internet? ¿Quién se arrogaría la autoridad para hacerlo? ¿Y cuántos van a considerar esas directrices? ¿No es contrario a la propia dinámica de internet? ¿Y no es este carácter prescriptivo la causa del escoramiento de distintas disciplinas clásicas, como la propia retórica? ¿O es quizá solo que pesa mucho querer amarrar a fórmulas orgullosamente canónicas un fenómeno nuevo con una vocación iconoclasta más o menos marcada? ¿Cómo avalar el intento con razones que convenzan a la otra parte? ¿Que no sean solo un modo de autojustificarse o autolegitimarse?

Una retórica descriptiva lo tendría más fácil para ser tolerada. Pero el problema sigue siendo el mismo: ¿El usuario de internet le reconoce esa función? ¿Demanda

conscientemente el trabajo de la retórica para el buen funcionamiento de internet? No lo parece. La web está llena de códigos normativos. Pero la presentación es otra, con formatos simplificadísimos que buscan el impacto descaradamente (10 reglas que debes seguir para...). Un ejercicio expreso de retórica chirriaría en este contexto, con ese nivel de seriedad de sus preceptos, su condición ganada de disciplina clásica, su autoridad forjada en miles de años.

En la mayoría de las ocasiones, esos decálogos de fórmulas que encontramos en internet son improvisados y poco rigurosos, para consumir rápidamente como otra curiosidad más. Suficiente para cubrir la mayor parte de la demanda. Pero no dejan de ser los mismos objetivos para ambos formatos: dar con un discurso más eficiente (ahora se dice: con más impacto). Importantísimo en internet, en el que la visibilidad le da la justa medida a esa audiencia potencialmente ilimitada.

¿NATIVOS DIGITALES?

El concepto de nativo digital puede rastrearse en la Declaración de Independencia del Ciberespacio que ¿se firmó? en 1996. Aunque fue Marc Prensky quien lo divulgó, junto a su némesis, en su artículo *Digital Natives, Digital Immigrants*, en 2001. Como término, su éxito ha sido exagerado, contraproducente. Pero sugiere, al menos, un hilo de reflexión valioso en torno a la brecha digital que se abre entre quienes han asimilado inconscientemente la tecnología digital, porque no conocen un mundo anterior, y quienes han tenido que hacer el esfuerzo (o se han negado a hacerlo) para adecuarse a esta tecnología y sus dispositivos. Como definición básica, el nativo digital es aquel individuo que ha crecido en un entorno en el que lo digital es cotidiano (quienes se atreven con las fechas hablan de los nacidos después de 1979). Por tanto no se cuestiona su uso: como el habitante de otro país u otra civilización, se maneja con esta tecnología como si le fuera propia, como parte básica de su cultura. Del lado contrario, el inmigrante digital ha debido familiarizarse posteriormente, ya como adulto, con su mecánica y uso: los puntos cardinales con los que se ha educado en muchos casos ya no le sirven; ha necesitado reorientar su formación, lo que le generaría o podría generarle desconfianza en sí mismo, una sensación de torpeza que lo vuelve, de facto, dependiente. En educación evidencia la disrupción entre los métodos tradicionales de enseñanza y las competencias desarrolladas por estos alumnos nacidos a finales del siglo XX, que tendría como solución más obvia una nueva forma de aprendizaje capaz de motivar a los nuevos alumnos, para reforzar su autonomía y su pensamiento reflexivo, destrezas fundamentales para tener el control sobre la tecnología digital. Aunque el propio Marc Prensky, consciente de las

limitaciones de su dicotomía, ha propuesto como alternativa el concepto –más centrado– *Digital Wisdom*, de sabiduría digital, con una escala de las distintas formas en que los individuos interactúan en entornos digitales, independientemente de la fecha de nacimiento.

La conciencia colectiva (al menos la alimentada por inmigrantes digitales, mayoritaria todavía en ámbitos como el de la educación) ha conferido al nativo digital poderes sobrenaturales. La realidad es otra muy diferente. Pero el enfoque más provechoso es otro: entender el ejercicio que han debido llevar a cabo quienes se han topado con la tecnología digital educados para una realidad todavía analógica, el recorrido que han tenido que hacer para poder beneficiarse también ellos de esta tecnología, o al menos para no verse arrasados por ella. La cuestión es qué lecciones podemos sacar de ahí, porque esa divisoria temporal que marcaría un tiempo viejo y un tiempo nuevo no existe, lo que hay es una continua incorporación de nuevos dispositivos y programas que requieren del usuario una constante atención a las novedades, y sentido crítico para valorar convenientemente incorporarlas o no a su rutina (en los casos al menos en los que se da la opción). Nativos e inmigrantes remiten a una tierra firme (o a una frontera) que no es la de la tecnología digital.

En este sentido puede ser útil otro término, que también ha tenido gran repercusión: desaprender, a partir de la publicación de *La tercera ola* de Alvin Toffler en 1980, en la que aparece como epifanía la reflexión de Herbert Gerjoux, convertida ahora en consigna: Los analfabetos del siglo XXI no serán aquellos que no sepan leer ni escribir sino aquellos que no sepan desaprender. Alude a la importancia de reaprender, de revisar lo aprendido (y creído firmemente), de reinventarse, de admitir nuevos conocimientos, de esforzarse, en definitiva, por no detenerse en un punto fijo. El término ha ido adquiriendo un cierto regusto a autoayuda y a mandamiento empresarial bienintencionado, pero como intuición conecta bien con la comprensión de la tecnología digital más como arenas movedizas, con esa tensión constante para poder mantenerse, que como tierra firme que solo exige como esfuerzo llegar hasta ella. Es, salvados los obstáculos de la brecha digital, una cuestión de actitud. De comprender la repercusión que pueda tener nuestro modo de reaccionar en la limitación de nuestras posibilidades presentes y futuras. Planteadas esas restricciones en dos niveles que acaban imbricándose: el del uso de la tecnología digital para la comunicación lingüística y el de la reflexión metateórica sobre su potencial retórico en un ámbito inédito. En este segundo grado: No vernos limitados por las estructuras clásicas cuando nos enfrentamos al análisis o composición de un discurso digital. En buena medida, reiniciarse, para no tener que dejar fuera de la disciplina los elementos

que una nueva tecnología ha permitido o alentado. Por ejemplo: los hipertextos o los emoji.

LA PRUDENCIA DIGITAL

También para internet nos sirve lo que dice Sócrates en el *Menón* de Platón: "Todo lo del alma, por sí mismo, no es ni benéfico ni dañino, sino que acompañado de prudencia o de estupidez resulta dañino o benéfico" (2002, 86). La prudencia, la *frónesis*, como la sabiduría para las cosas prácticas, la habilidad para saber cómo actuar virtuosamente. Un saber que no es *sofía*, sino que apunta a cómo mejorar las cosas. La pieza angular de la ética de Aristóteles, como sabiduría práctica. Una habilidad política. Aunque es más que una habilidad, que una *techné*, porque incluye también la capacidad de reflexionar al respecto. Para Pierre Aubenque (2010), es la síntesis de todas las virtudes: es el buen juicio, el arte de la medida y el arte de la oportunidad en el obrar. Es una virtud rectora de las otras virtudes. Implica valor, templanza, justicia y sabiduría.

En el diálogo de Platón, *Menón* y Sócrates no son capaces de concluir qué es la virtud, si la tienen los hombres por naturaleza o la adquieren de algún modo. Pero aquí eso no es tan relevante. No tiene sentido articular la conclusión en torno a un concepto como virtud, con un recorrido con tantos recodos, en lugar de hacerlo con otro con un ensamblaje más pendiente de su aprendizaje, en torno a la noción de competencia o de destreza, tan vinculadas en nuestro tiempo a la educación –a la *paidéia* griega, pero también a la *paidía*, el juego– que se arma ahora con los mimbres de un constructivismo que coloca al que aprende en el centro de su aprendizaje, responsable del proceso mismo. Donde encaja tan bien esa *frónesis*, la prudencia, que podemos recuperar ahora, pero, para afinar más esta vez (tras los embates recibidos por racionalismo y moralismo), con la perspectiva de Aubenque: poniendo el foco no en la cualidad (si es o no una virtud) sino en los sujetos, en los individuos prudentes. Porque la prudencia queda definida en el libro VI de *Ética a Nicómaco* como la "disposición práctica acompañada de regla verdadera concerniente a lo que es bueno o malo para el hombre" (VI, 5, 1140b20). Pero para darle cuerpo Aristóteles no parte de la sofisticada noción de Platón, que pretende esencializarla, sino de su uso común, más intuitivo: de lo que cualquiera puede constatar en el *phrónimos*, el prudente, la persona capaz de deliberación, la que se maneja bien con lo contingente, con un criterio razonable. La prudencia queda así como una disposición práctica que concierne a la elección, más deudora de la tradición que de la teoría platónica (Aubenque, 1999: 43-45). La sabiduría para el ámbito de lo eterno y la

prudencia para los seres sometidos al cambio.

El primer paso fue el de Marc Prensky, al rectificar esa dualidad simplificadora del nativo y el inmigrante digital por una sabiduría digital escalable y libre de determinismos (como la fecha de nacimiento). Este segundo paso queda cerca: esa sabiduría digital, más general, podría concretarse en una prudencia digital, y abrir así más la brecha con sus imprecisos nativos digitales al visibilizar mejor los reflejos necesarios ante los continuos cambios de un terreno sin asentar que exige un esfuerzo constante para mantenerse en pie: lo que entendemos como aprendizaje o el desarrollo de competencias digitales (que hay que mantener actualizadas ante el constante desarrollo de nueva tecnología digital). No lejos del problema al que parece apuntar Platón en el *Menón*: Que la prudencia es el atributo más importante que aprender, pero que no puede ser enseñado sin más. Que se obtiene a través del desarrollo de la comprensión plena de uno mismo, porque solo la teoría no sirve, se requiere mucho tiempo para lograr la experiencia necesaria con la que aprender a actuar en cada situación particular. Y con la tecnología digital todavía estamos empezando. Es inevitable esa sensación de ir dando bandazos, de corregir expectativas constantemente y sorprenderse por los nuevos quiebros. También con el lenguaje, en un espacio, el de los soportes digitales, que busca deliberadamente la experimentación, otras formas de hacer.

Si en lugar de la noción de sabiduría digital usamos la de prudencia digital, reforzamos su condición práctica, su carácter modal, centrada en el uso y en la actitud ante el uso: no una sabiduría general, más teórica y abarcadora, sino anclada en nuestra condición de usuarios, mediada nuestra relación con la tecnología digital por esa prudencia. Es solo ceñir más su sentido: Sabiduría también significa, en una de sus acepciones, conducta prudente en la vida. Y sabio es también el prudente. Pero al reorientar así el término de Prensky (y su traducción) podemos además copiar el acierto de Aristóteles: No tomar, para apuntalar una retórica digital, la prudencia en abstracto, sino tomar a los prudentes, con sus comportamientos y actitudes concretas. Si en lugar de querer agarrarnos a una noción o concepto, esencializado su significado, tomamos este comportamiento cambiante y diverso como corpus de nuestras reflexiones para conformar una retórica digital evitamos mejor la tentación de querer adecuar la realidad a la teoría, nos adaptamos mejor a ese terreno sin consolidar que es la comunicación digital, que tiene como peculiaridad, asimismo, dos características que la alejan de la comunicación escrita en otras épocas históricas: 1) el volumen de escritores y textos escritos (no una minoría selecta, sino cualquiera con un dispositivo y acceso a internet, y 2) su condición de práctica cotidiana, su carácter

a menudo informal. En los dos niveles a los que hemos aludido antes: En el primero, haciendo de la retórica un repositorio de recursos útiles para comunicarse mejor los usuarios con la tecnología actual, para usar mejor el lenguaje y sus posibilidades expresivas y discursivas. Y en el segundo, replanteando la disciplina a partir de estas posibilidades tecnológicas, con un análisis formal de estas nuevas fórmulas discursivas, honesto, consciente de la tarea absolutamente descomunal que supone (porque las figuras retóricas apenas han cambiado con los soportes digitales, pero con las estructuras discursivas el panorama es casi irreconocible).

OTRA COSA QUE LA CIBERRETÓRICA

En los estudios que han apostado por esta terminología lo que ha quedado sin atender es por qué se ha buscado un nombre específico para este ámbito. Con retórica digital (Lanham, 1992) o ciberretórica (Albaladejo, 2005) parece que o bien se quiere marcar diferencias con el pasado como disciplina o que hay una conciencia clara de que los textos digitales son radicalmente diferentes a los textos con los que nos hemos manejado hasta ahora. El neologismo no ha venido de la informática, sino de la retórica: no es una demanda que le llega de fuera, sino que ha sido una toma de conciencia desde dentro, como un apéndice que unos pocos estudiosos de la retórica han considerado necesario o al menos interesante para no quedar fuera de un terreno tan apetecible (también en lo académico). Con esa doble raíz de la palabra, ciber y retórica, parecen indicar o bien su constitución digital o bien su objeto de estudio, contenidos digitales. Más probable –mucho más fácil– lo segundo que lo primero. Pero en ambos casos lo que se remarca es un punto de partida nuevo, una nueva fase o estadio lo suficientemente significativo en la disciplina como para cambiarle el nombre. Lo que sin duda choca con esa voluntad en muchos de ellos de enfatizar la continuidad histórica de los recursos retóricos, más dados a reconocerle todo tipo de deudas con el pasado que a sumar nuevas herramientas o calibrar las que ya tenemos para que su cometido sea más eficaz en este nuevo ámbito.

No podemos obviar lo que un nuevo nombre aporta a la visibilidad de estas propuestas, pero lo razonable habría sido o bien mantener el término, retórica a secas, y reforzar la autoridad del ensamblaje clásico de la disciplina, vigoroso también en un escenario completamente diferente, o bien avalar el neologismo inventariando los cambios sustanciales que ha sufrido la disciplina. Haber hecho de esa disrupción, manifestada implícita (con el nombre) o explícitamente (con los cambios sustanciales en la materia), la médula de estas propuestas, su fundamento, necesariamente conflictivo. Pero los estudios que han tenido más relevancia han apostado por un

modelo híbrido escamoteando el problema: han optado por rebautizar la disciplina para dejarla como estaba (como hizo la Nueva Retórica, aunque en su caso esa continuidad era más fácil de justificar). No han sabido aprovechar el despliegue de las nuevas posibilidades con la tecnología digital para hacerle a la retórica una auditoría exhaustiva, con la que evaluar sus funciones y resultados, y la pertinencia de una actualización. Tomar del pasado de la retórica su impulso creativo y su ambición analítica, su audacia y valentía, para sentirse sus herederos legítimos, unos sucesores dignos, pero no por utilizar unas mismas herramientas que se construyeron para ser útiles con un determinado tipo de discurso, el propio de otro tiempo, negándole la capacidad de reacción (probablemente la cualidad más importante para una disciplina) por perseverar en un canon cuya construcción le es solo tangencial a la disciplina de la retórica.

BIBLIOGRAFÍA

Albaladejo, T. (2005). La comunicación retórica en los sitios web en F. Garrido (coord.) Actas electrónicas del 2º Congreso On Line de Observatorio para la Cibersociedad "¿Hacia qué sociedad del conocimiento?". Barcelona: Generalitat de Catalunya-Diputació de Barcelona, Cornellà Net, dd Media.

Albaladejo, T. (2007). Creación neológica y Retórica en la comunicación digital, en R. Sarmiento Y F. Vilches Vivancos (eds.), *Neologismos y sociedad del conocimiento*, Barcelona: Ariel, pp. 81-89.

Aristóteles (1997). *Moral, a Nicómaco*. Madrid: Espasa-Calpe.

Aubenque, P. (2010). *La prudencia en Aristóteles*. Buenos Aires: Editorial Las cuarenta.

Berlanga, I., y García, F. (2014). *Ciberretórica: Aristóteles en las redes sociales*. Madrid: Editorial Fragua.

Broncano, F. (1995). *Mundos artificiales. Filosofía del cambio tecnológico*. Barcelona: Paidós.

Carr, N. (2011). *Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Madrid: Taurus.

Cervantes, M. (1998). *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Toledo: Biblioteca IV Centenario.

Chartier, R. y Scolari, C. (2019). *Cultura escrita y textos en red*. Barcelona: Gedisa. Crystal,

Deleuze, G., y Guattari, F. (1977). *El rizoma: Introducción*. Valencia: Pre-textos.

Ferrari, E. (2014). *Resistencias con lo digital*. Madrid: Libros de la catarata.

- Foer, F. (2017). *Un mundo sin ideas. La amenaza de las grandes empresas tecnológicas a nuestra identidad*. Barcelona: Paidós.
- Ippolita (2010). *El lado oscuro de Google. Historia y futuro de la industria de los metadatos*. Barcelona: Virus editorial.
- Ippolita (2012). *En el acuario de Facebook. El resistible ascenso del anarcocapitalismo*. Madrid: Enclave de libros.
- Keefer, J. (1996). Professor Julia Keefer's Cross Disciplinary Web Sites. En: <http://www.nyu.edu/classes/keefer>
- Kolb, D. (1997). Sócrates en el laberinto, en George P. Landow (Comp.). Teoría del hipertexto. Barcelona: Paidós, pp. 365-388.
- Lanham, R. (1992). Digital rhetoric: Theory, practice, and property. En M. C. Tuman. (Ed.). Literacy online: The promise (and peril) of reading and writing with computers. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, pp. 221–243.
- Manovich, L. (2006). El lenguaje de los nuevos medios de comunicación. La imagen en la era digital. Buenos Aires: Paidós.
- McLuhan, M., y Powers, B.R. (1990). *La aldea global*. Barcelona: Gedisa.
- Molinuevo, J.L. (2006). *La vida en tiempo real. La crisis de las utopías digitales*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Platón (2002). *Menón*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Pransky, M. (2001). "Digital Natives, Digital Immigrants". En
- Pujante, D. (2003). *Manual de Retórica*. Madrid: Castalia.
- Quintiliano (2006). *Institutio Oratoria* (book 2). New York: Oxford University Press.
- Toffler, Alvin (1980). *La tercera ola*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Yus, F. (2010). *Ciberpragmática 2.0*. Barcelona: Ariel.